

con la espada de triunfo al lado, y enterráronle después en el panteón de los soberanos de Cataluña en medio de públicas demostraciones de dolor (1).

Desconcertó á los catalanes la muerte del de Lorena. El duque de Anjou, padre de aquel príncipe, era demasiado anciano, y sus nietos demasiado niños para poder prestar eficaz ayuda á los del principado y para poder conquistar una corona con la punta de la espada. Temían por otra parte que el rey de Francia tomara demasiada mano en los negocios de Cataluña. En tal conflicto los hombres mas sensatos opinaban por reducirse á la obediencia del rey de Aragon, que de buena gana les hubiera perdonado á todos á trueque de acabar con tantas guerras; pero el consejo de la ciudad, llevando su obstinacion al mayor extremo posible, prefirió dar al hijo del de Lorena llamado Juan, niño de pocos años, el título de primogénito del reino de Aragon (1470). Entonces el rey don Juan, para poder atender á lo de Cataluña, celebró un pacto de avenencia con los condes de Foix, por el cual quedó acordado y convenido que los navarros obedecerian á don Juan como á su legítimo soberano durante su vida, que á su muerte recono-

(1) De estos testimonios de la adhesion y amor de los barceloneses al duque de Lorena, certifican casi todos los escritores de aquel tiempo. Sin embargo, Zurita que como aragonés, no disimula su interés por la causa del rey de Aragon, parece que trata de negar ó encubrir aquel afecto, diciendo: «Hizose poca demostracion de su muerte, y no fué mas que si hubiera muerto algun caballero estimado, siendo príncipe de tanta calidad.» Anal., lib. XVIII. c. 33.

rian por sus verdaderos reyes á la princesa doña Leonor y al conde de Foix su marido, y que estos desempeñarian en su ausencia la lugartenencia general del reino. Con esto emprendió activamente la campaña de Cataluña. Gerona se rindió á las armas aragonesas: imitaronla otras ciudades del principado: el rey peleaba en el Ampurdan contra los franceses con la energía de un jóven, mientras sus caudillos tenían en respeto á Barcelona: entregósele Rosas tambien, y en Peralada aventuró tanto su persona, que cargando en su real los enemigos de rebato, tuvo que retirarse á Figueras sin sombrero y casi desnudo; mas á pesar de su edad proveya, sufría todos los riesgos, fatigas y trabajos de la campaña con tanta impasibilidad como si estuviese en el vigor de su juventud (1471).

Reducido todo el Ampurdan y toda la parte de Levante, apenas quedaba á los rebeldes en todo el principado sino la ciudad de Barcelona, defendida por sus naturales, y por los franceses que habia enviado allí el viejo Renato de Anjou. Determinó pues el rey don Juan poner cerco á aquella capital por mar y por tierra. Bernardo de Villamarin mandaba las veinte galeras y las diez y seis naves gruesas que constituian el bloqueo por la parte del mar. Hizo cuantopudo el duque Renato por socorrer á los sitiados con una armada genovesa, pero los de Aragon supieron inutilizar aquel socorro. En una salida que los habitantes hicieron con mas vigor que concierto, tuvieron la mala

suerte de dejar en el campo hasta cuatro mil hombres entre muertos y prisioneros, lo cual proporcionó al rey don Juan el poder estrechar mas la ciudad rebelde colocando las tropas al pié de sus muros. Quería el rey evitar la triste necesidad y los consiguientes horrores de entrar por asalto aquella ciudad opulenta y desgraciada; pero la obstinacion de los barceloneses era tal, que se negaron ciegamente á admitir toda propuesta de transaccion. El cardenal Rodrigo de Borja, legado del papa, y enviado para mediar como conciliador entre los barceloneses y el rey, no fué admitido por los de la ciudad, y hubo de volverse sin haber podido obtener audiencia. Embajadores del duque de Borgoña que habian venido á renovar alianzas con el rey de Aragon, quisieron tambien intervenir y mediar amistosamente con los catalanes, y recibieron la propia repulsa que el legado apostólico. El mismo rey don Juan determinó tentar el último esfuerzo para vencer tan temeraria obstinacion, y desde el monasterio de Pedralbas les escribió una carta llena de templanza y de benignidad, en que despues de representarles los males que su tenacidad habia causado al principado y estaba causando á la poblacion, les exhortaba, requería y suplicaba por Dios que volviesen á él como á su padre que los aguardaba y recibiría con el corazon y los brazos abiertos, prometiéndoles bajo su real palabra é invocando por testigo á Nuestro Señor Dios, que se olvidaria de to-

das las cosas pasadas; pero advirtiéndoles tambien, que si se obstinaban en desoir sus amonestaciones y en menospreciar sus paternales ofrecimientos, no descansaria hasta sojuzgar la ciudad, y usaria de todo el rigor que fuese necesario (1).

Un respetable religioso, el P. Gaspar fué el que intercediendo entre el rey y sus súbditos acabó de vencer la dura obstinacion de los barceloneses, y por su conducto fueron presentadas al rey las proposiciones y condiciones con que se allanaban á someterse; condiciones que en verdad mas parecian de vencedores que de vencidos. Pedian, pues, que se otorgase general perdon de todo lo pasado; que ni el rey, ni el príncipe, ni sus sucesores y oficiales pudiesen hacer pesquisa, ni proceder civil ni criminalmente, ni intentar demanda ni acusacion general ni particular sobre cuanto habian hecho y obrado desde la prision del príncipe de Viana; que el duque Juan de Calabria, hijo de el de Lorena, y demas capitanes estrangeros podrian salir libremente y con seguridad, por mar ó por tierra, con sus armas y bienes; que el rey jurase guardar los usages de Barcelona, sus constituciones, privilegios y libertades; y finalmente, que declararia y haria pregonar que los barceloneses eran buenos, y leales y fieles vasallos, y que por tales los tenia y repu-

(1) «Y sea, concluia la carta, nuestro ánimo sea del todo inclinado á usar de clemencia con vosotros y con esa ciudad. Dada en aquello que no queriamos, como Pedralbas á 6 de octubre de 1472.»

taba; debiendo jurarse todo esto, no solo por el rey, sino tambien por el príncipe y por los prelados y barones de los tres reinos. Tal era el deseo de reposo y de paz que el rey tenia, y tan dispuesto estaba ya su ánimo á la clemencia, que suscribió á todas estas humillantes condiciones, teniendo, como tenia ya, el triunfo en su mano, y reducidos los insurrectos al mayor grado y extremo de miseria: con lo cual quedó concertada la entrega de la ciudad y la entrada del rey. Rehusó el anciano monarca hacer su entrada en un carro triunfal que le tenían preparado, y prefirió hacerla montado en su blanco corcel de batalla en el cual paseó las calles principales, satisfecho con el buen recibimiento que le hicieron, pero contemplando con dolor y lástima los pálidos y macilentos rostros de aquella gente tan valerosa como tenaz, estenuada por el hambre y la miseria. Seguidamente se dirigió al salon del palacio, donde juró y confirmó solemnemente (22 de diciembre, 1472), los usages, fueros y constituciones de Cataluña ⁽¹⁾.

Así terminó, sin efusión de sangre, la larga y desastrosa guerra civil, que por mas de diez años habia estado asolando aquella rica porcion de la corona aragonesa, ocasionada por el desamor y la injusticia de un padre hácia su hijo, y sostenida por el carácter duro y tenaz de los catalanes.

(1) Luc. Marin. Sicul. Cosas Rey XXIX., c. 29.—Zurita, Anales, lib. XVIII., c. 44.—Alonso de Ca, reyes de Aragon, tom. II. Palencia, Cron. part. II.

Lejos de entregarse don Juan II. al reposo, como parecia deber esperarse despues de las fatigas de una lucha tan prolongada, y de sus setenta y cinco años pasados en una vida de continúa inquietud y agitación, apenas descansó una semana en Barcelona, puesto que el séptimo día salió ya de aquella ciudad para emprender otra nueva campaña. Tenia esta por objeto recobrar los condados de Cerdaña y Rosellon, de que el rey Luis XI. de Francia con su acostumbrada perfidia se habia ido apoderando en premio de una alianza equívoca, y so pretexto de haberle sido empeñadas las rentas de aquellos dos condados para el pago de cierto número de lanzas. Asombrados dejó á todos la vigorosa resolución con que el anciano monarca aragonés marchó á la cabeza de su ejército camino del Rosellon en lo mas áspero y crudo del invierno. El rey Luis se habia visto precisado á sacar una parte de sus guarniciones de Cerdaña para hacer frente á la Inglaterra y la Borgoña con quienes estaba en guerra, y los habitantes del país deseaban verse libres del yugo de la Francia. Con estas disposiciones, y á vista de la animosa decisión del rey don Juan levantáronse las ciudades de Perpiñan y Elna proclamando á su antiguo soberano, y los soldados franceses de Perpiñan hubieran sido tal vez degollados si no se hubieran refugiado al castillo. De modo que en el breve espacio de un mes se encontró el rey don Juan dueño de casi todo el Rosellon, no quedando en po-

der de los franceses sino el castillo de Perpiñan, Salces, Colibres y alguna otra poblacion y fortaleza (febrero, 1473). No se adormeció el aragonés con un triunfo á tan poca costa conseguido, y en vez de fiarse en la victoria se preparó á hacer rostro á todas las eventualidades, porque conocia al rey de Francia, y suponía que no habia de dejar de disputarle la posesion de aquellas ricas y codiciadas provincias.

En efecto, no solo pensaba el francés enviar refuerzos al Rosellon, sino que como hubiese fallecido el conde Gaston de Foix en Navarra y quedado el gobierno de aquel reino en manos de la condesa doña Leonor, pretendia Luis XI. de esta princesa, con vivas instancias y grandes ofrecimientos, que le entregase algunas fortalezas y permitiese á sus tropas el paso por aquel reino con color de enviarlas á Castilla, pero en realidad con el fin de tener por allí entrada libre y segura para Aragon, á lo cual contestaba la condesa viuda escusándose con que los alcaides de aquellas fortalezas habian hecho homenaje al rey su padre, y que ella no era sino lugar-teniente suyo. Mientras esta intentaba por Navarra, enviaba al Rosellon un ejército de treinta mil hombres al mando de Felipe de Saboya, el cual despues de tomar algunos castillos acampó bajo los muros de Perpiñan. Aconsejaban todos al rey que no pusiese su persona en edad tan avanzada á los peligros de un cerco y contra ejército tan poderoso,

y mas teniendo los enemigos el castillo dentro de la ciudad misma. Pero el rey don Juan, cuyo temple de alma parecia que se vigorizaba en vez de templarse con los años, congregó el pueblo en la iglesia mayor, y á presencia de todos juró sobre el altar que no los desampararia hasta verlos libres del cerco, y que antes se sepultaría bajo las ruinas de la ciudad que rendirla al enemigo. Provistos los franceses de numerosas piezas de artilleria, comenzaron á batir furiosamente la poblacion. Era de ver al anciano monarca recorrer é inspeccionar los puestos de dia y de noche, animando á todos con su ejemplo y sus palabras, y hallándose presente en todas partes. Una mina que habian hecho los sitiadores fué descubierta por el rey mismo que acudiendo á aquel punto con cuatrocientos soldados hizo degollar á todos los que habian penetrado por ella. Nunca, sin embargo, en su larga vida de combates se habia visto el rey en tanto peligro, espuesto á perder con una ciudad todos sus reinos. Mas la noticia de la comprometida situacion del monarca despertó la antigua lealtad aragonesa, y los de este reino le enviaron un refuerzo á las órdenes del arzobispo de Zaragoza. Los catalanes y valencianos no correspondieron menos á lo que el caso y el espíritu patrio exigian, y avisado el infante don Fernando acudió presuroso con algunos caballeros castellanos en auxilio de su padre, presentándose con la celeridad del rayo en Barcelona y en las montañas del Pirineo,

donde le detuvo el aviso de su padre de que los enemigos habian levantado el campo (junio, 1473), diez-
mados por las enfermedades y por los aceros arago-
neses ⁽¹⁾.

Pidió Felipe de Saboya, como lugarteniente general de Luis XI. en Rosellon y Cerdaña, una tregua al rey de Aragon, que le otorgó á nombre suyo, y con su poder el conde de Prades por tres meses. Con esto el infante don Fernando licenció su gente; pero el rey don Juan, que conocia perfectamente el carácter artero y doble del monarca francés, no quiso abandonar el Rosellon, ni estar desahuciado para todo lo que sobrevenir pudiese. No se engañó el previsor monarca. Tan luego como los franceses vieron retirarse las tropas aragonesas y castellanas volvieron sobre Perpiñan á poco de firmarse la tregua; pero la actitud del rey, las órdenes que espidió al infante don Fernando y á sus dos hijos naturales don Juan y don Alfonso, y las medidas adoptadas por todos obligaron otra vez á los franceses á levantar el cerco y retirarse á Languedoc. La continuacion y el esceso de las fatigas afectaron la salud del rey en términos que se temió por su vida; pero ni las instancias de sus hijos, ni los consejos de los médicos, fueron suficientes á hacerle salir de una poblacion que habia jurado defender personalmente, y por la cual temia faltando su presencia. Afortunadamente su ro-

(1) Zarita, Anal. lib. XVIII., c. 48 al 55.

busto temperamento venció la enfermedad. Y como Luis XI. de Francia necesitase emplear en otra parte las tropas que sin resultado ni fruto tenia ocupadas en Rosellon, movió tratos de concordia con el monarca aragonés por medio de don Pedro de Rocaverti; conveniale tambien á don Juan asegurar la posesion de aquellos condados, y despues de muchas pláticas y negociaciones, en que se reveló toda la sagacidad política de Luis XI., se ajustó entre ambos reyes un tratado, por el cual el de Aragon conservaba el señorío de los dos condados, pagando al francés trescientas mil coronas por el sueldo de la gente con que le habia asistido para la guerra de Cataluña. Con esto, despues de confirmar á la ciudad de Perpiñan sus antiguos privilegios, determinó el rey volverse á Barcelona (octubre, 1473).

Esta vez, á ruego del consejo de gobierno, hizo el rey su entrada pública en Barcelona con magnífica pompa y aparato. En un carro triunfal cubierto de terciopelo carmesí bordado de oro y tirado por cuatro caballos blancos, iba el anciano monarca sentado en su silla real debajo de un palio. A sus lados marchaban los embajadores, los consejeros, y los principales caballeros y barones catalanes. El clero le recibió en procesion, el rey adoró la cruz, y seguidamente le hicieron reverencia todas las corporaciones y cofradías de la ciudad: tanto habia cambiado el espíritu de aquella poblacion en favor de un monarca, á

quien tantas veces y con tanta constancia habia antes rechazado.

Convocadas córtés y reclamado su apoyo y cooperacion para el pago de la fianza de los dos condados, no le era fácil al país, agotado por tan largas guerras, aprontar el enorme subsidio de las trescientas mil coronas. En esta situacion, desconfiando siempre don Juan de la buena fé del rey Luis, le envió una embajada so pretesto y color de negociar el matrimonio del delfin de Francia con su nieta la infanta doña Isabel de Castilla, hija del príncipe don Fernando (febrero, 1474). La embajada era numerosa, suntuosa y brillante. Pero Luis XI., á quien el aragonés con toda su esperiencia no aventajaba en astucia, entretuvo á los embajadores en París con grandes agasajos y continuados festejos sin darles respuesta, aguardando ocasion de prepararse á obrar; y cuando los enviados de Aragon, conociendo que se les burlaba, trataron de retirarse, entonces el francés arrojó la máscara y los retuvo prisioneros en Montpellier. El objeto de aquel entretenimiento y de esta detencion mostróle bien pronto un ejército de diez mil infantes y novecientas lanzas que invadió de nuevo el Rosellon. Elna se rindió á las armas de Francia despues de una resistencia vigorosa, y por tercera vez se pusieron los franceses sobre Perpiñan, apoyados por una flota genovesa. No faltaban ánimos al anciano don Juan para acudir á la defensa de aquella leal ciudad y de todo

el condado; tanto que, agotados los recursos del Tesoro, vendió su manto de armiño, y con diez y seis mil florines que le prestó ademas uno de sus barones se puso en marcha para el Ampurdan. Todo contrariaba esta vez los impulsos del rey de Aragon. Los de Inglaterra y Borgoña, cuyo apoyo habia reclamado, no le dieron sino vanas promesas. Insignificantes fueron los subsidios que le votaron las córtés aragonesas. El rey de Castilla Enrique IV. habia muerto, y los negocios de este reino le privaron de la presencia y cooperacion personal del infante don Fernando su hijo que tan útil y eficaz le habia sido en otras ocasiones. La bizarra guarnicion de Perpiñan se defendió briosa y heroicamente, pero reducida á la mayor estremidad por los estragos del hambre, despues de haber apurado para alimentarse hasta los animales inmundos, y hasta los mismos cadáveres⁽¹⁾, se vió precisada á capitular, con condiciones nada desventajosas para los vencidos (14 de marzo, 1475).

Luis XI., exasperado con la larga y tenaz resistencia que le habian opuesto los de Perpiñan, y con las grandes pérdidas que habia sufrido su ejército en un país que se llamaba *el cementerio de los franceses*, ordenó á sus generales que á fuerza de vejaciones y

(1) Citase entre otras pruebas de ellos de hambre, alimentó con horriblemente heroicas de la decision de aquellos habitantes, el ejemplo de una muger que tenia dos hijos, y habiendo muerto uno de ellos de hambre, alimentó con él al otro que le quedaba. La guarnicion se habia reducido á cuatrocientos hombres escasos.—Zurita, lib. XIX., c. 20.

malos tratamientos obligáran á sus moradores á abandonar la ciudad, y les confiscáran sus bienes ⁽¹⁾. Todavía sin embargo se ajustó á fines del año una tregua entre los dos monarcas de Francia y de Aragon, que habia de durar desde noviembre de 1475 hasta julio de 1476, lo cual no fué obstáculo para que el francés, poco escrupuloso siempre en la observancia de los tratados, rompiera de nuevo á los tres meses las hostilidades, y no se asentó paz definitiva hasta 1478.

Mas como esta lucha, asi como otros sucesos de Aragon en los últimos años de este reinado, se complica ya con las dificultades que el principe don Fernando y la reina doña Isabel de Castilla tuvieron que vencer para afianzar en sus manos el cetro de este reino, haremos alli la mencion correspondiente de estos acontecimientos, y diremos por conclusion con un historiador erudito, que el rey don Juan II. no vió cesar la guerra y la discordia en sus vastos estados; una parte de las fuerzas de su reino se distraia en Cerdeña con motivo de la rebelion que alli sostenia el marqués de Oristan; Navarra continuaba devorada por los antiguos é implacables bandos de biamonteses y agramonteses, y Luis XI. de Francia, con los ojos fijos sobre aquel reino, atizaba las discordias con ánimo de convertirlas en provecho propio.

(1) Las cartas de Luis XI. relativas á este asunto, se pueden ver en Mr. de Barante, Hist. de los duques de Borgoña.

Al fin le llegó á don Juan II. de Aragon la hora de descansar de las fatigas de un largo y proceloso reinado de 54 años, y á los 82 de su edad falleció en el palacio episcopal de Barcelona (19 de enero, 1476) mas de consuncion y de vejez que de enfermedad, sin haberle desamparado un momento el ánimo, ni entibiándosele nunca su alma de fuego. Este célebre monarca, cuya cabeza llegó á ceñir hasta siete coronas, murió tan pobre, que para hacerle el entierro y las exequias fúnebres hubo que vender el oro y la plata de su cámara, y para socorrer á los criados de su casa fué menester empeñar las demas joyas por la cantidad de diez mil florines, y hasta el toison de oro que ordinariamente llevaba como hermano de aquella orden del duque de Borgoña ⁽¹⁾. El dia antes de morir otorgó un codicilo, en que rectificaba el testamento hecho en Zaragoza en 1469, y escribió á su hijo y sucesor don Fernando una muy sabia y cristiana carta, en que le daba los mas sanos y juiciosos consejos sobre el modo de regir y gobernar en justicia los reinos que estaba llamado á heredar.

Tuvo don Juan II. de Aragon tres épocas distintas en su vida; una en que como infante de Aragon fué un vasallo revoltoso del rey de Castilla, otra en que como rey de Navarra fué un padre desnaturalizado é injusto, y la postrera en que como rey de Aragon fué un gran monarca como político y como guer-

(1) Zurita, Anal. lib. XX. c. 27.

rero, que no habia tenido igual desde don Jaime el Conquistador, que en el gabinete y en los campos de batalla supo medirse con Luis XI. de Francia, el gran político de su época, que conservó el vigor de la juventud hasta la edad decrepita, faltándole el valor, la intrepidez y la constancia solo cuando le faltó el aliento. Solamente una pasión humana no pudo dominar nunca, y se mantuvo viva en su pecho á pesar del hielo de los años, la pasión del amor, que en su edad octogenaria le dió una ruidosa celebridad en aquel tiempo (1).

La corona de Navarra recayó en doña Leonor, condesa viuda de Foix, última hija del primer matrimonio del rey don Juan, conforme al tratado de Olite, la cual comenzó á tomar los títulos mas pomposos que importantes de «Reina de Navarra, duquesa de

(1) Sus amores en los postreros días de su vida con una doncella catalana, llamada Francisca Rosa, fueron muy divulgados, dice Zurita, y se hicieron aun mas famosos que los del rey don Alfonso V. su hermano con Lucrecia de Alañó.

Tuvo don Juan II. de Aragon de su primera esposa doña Blanca de Navarra, tres hijos, don Carlos, príncipe de Viana, doña Blanca, que murió envenenada, y doña Leonor, condesa de Foix, que le sucedió en el reino de Navarra: de su segunda muger doña Juana Enriquez de Castilla, tuvo á don Fernando (el rey Católico), á doña Leonor y doña María, que murieron niñas, y á doña Juana, que casó con don Galceran de Riquesens, conde de Trevinto y de

Avellino.

Fuera de matrimonio tuvo varios hijos naturales de diferentes mancebas. De doña Leonor de Escobar le nació don Alfonso de Aragon, que gozó injustamente por algun tiempo el maestrazgo de Calatrava. De una señora castellana, llamada doña N. Avellaneda, tuvo á don Juan, que fué arzobispo de Zaragoza, y de otra manceba natural de Navarra, de la familia de los Ansas, le nacieron tres hijos, que fueron don Fernando y doña María, que murieron niños, y doña Leonor de Aragon, que casó en 1468 con Luis de Beaumont ó Beaumont, conde de Lerin y condestable de Navarra. — Bofarull, condes de Barcelona, tom. II., p. 329.

Nemours, Gandía, Momblanc y Peñafiel, condesa de Foix, señora de Bearne, condesa de Bigorra y Ribagorza, y señora de la ciudad de Balaguer.» Pero la divina justicia no permitió que gozara mucho tiempo de las delicias del reinar la que habia buscado el centro por el camino del crimen; la delincuente enemiga de sus hermanos don Carlos y doña Blanca no tuvo mas que el plazo de un mes para subir al trono y descender á la tumba, y los lúgubres cantos de sus exéquias funerales casi se confundieron con el alegre bullicio de las fiestas de su coronacion. A su muerte sucedió en el reino de Navarra su nieto Francisco Febo ó Phebus, hijo del difunto Gaston de Foix y de la hermana de Luis XI. De esta manera el pequeño reino de Navarra, destrozado siempre por las dos enconadas facciones de biamonteses y agramonteses, y espuesto á ser absorbido por uno de sus dos poderosos vecinos, Fernando de Aragon ó Luis XI. de Francia, vino á hallarse en manos de un niño y bajo la tutela de una muger, para ser por algun tiempo, mas que reino independiente, manzana de discordia entre monarcas ambiciosos y rivales (1).

(1) De don Juan II. de Aragon se decia en Navarra que habia querido este reino como propio y le habia tratado como ageno. Murmurábasele de prodigo para con sus favorecidos, y de esta prodigalidad dicen que nació en Navarra el proverbio de: *Ya se murió el rey don Juan, que se solia emplear para desengaño de los ambiciosos.*—Yanguas, Hist. de Navarra, p. 340.